

«autor» del cerro. Don Benjamín Vicuña Mackenna al tener la visión futura del Santa Lucía, frente a la desnudez de la roca, lo veía envuelto en masas de arbolados y con muy buen gusto de paisajista trató de cubrir los dos restos coloniales que existían: el uno llamado el Castillo del Hidalgo que tenía su base sobre la actual plazuela que mira a la Alameda y el otro que aun subsiste con su portada hacia la calle de Merced y que fué construída por el Gobernador Marcó del Pont.

Siguiendo nuestra inveterada costumbre de copiar lo europeo, la subida monumental parece que fué inspirada por la del Pincio de Roma, único paseo montuoso que puede parangonarse con nuestro Santa Lucía. Por supuesto que a nadie se le ha ocurrido en la capital italiana modificar las escalinatas antiguas. Allí se ha dejado que la naturaleza compusiera lo que hizo la mano del hombre y hoy día la pesadez de esa subida ha desaparecido bajo el verdor de arbustos y árboles.

Esta batalla en torno a la tan traída y llevada subida ha hecho nacer en algunos artistas la regocijada idea de constituir una sociedad que se llamaría «Amigos de la Torta del Santa Lucía» para impedir su demolición, propiciando su simplificación por medio de enredaderas, que ya en gran parte la cubren, y quitándole los aditamentos que la complican, esos jarrones y el templete central a cuyos pies Neptuno preside con su tridente la fiesta de las aguas, que cantan noche y día su canción ajenas al afán innovador de los estetas santiaguinos.

El maestro Enrique Soro

<https://doi.org/10.29393/At182-21MELG10021>

Con un concierto dedicado exclusivamente a sus obras, ha celebrado este compositor nacional sus bodas de oro en las actividades musicales. Con la precocidad propia de los músicos el maestro Soro se presentó en público a la edad de cinco años. Su carrera artística ha seguido una línea sin vacilaciones ni inquietudes. Consecuente con su temperamento, ponderado y me-

ditativo, Enrique Soro ha hecho una obra de bien definidos perfiles que se caracteriza por un lirismo de amplio vuelo romántico y por la concienzudez y sabiduría de sus orquestaciones. El autor de el «Andante Apassionato» no ha sufrido esas crisis de evolución y esos afanes de nuevas expresiones que jalonan el camino recorrido por la mayoría de nuestros compositores.

Hombre de reconcentrada sensibilidad no ha sufrido influencias directas. Respetando las normas clásicas ha orientado su obra hacia un romanticismo de buena ley que la sitúa en un justo término medio entre la austeridad antigua y el impresionismo moderno. Sus rasgos más acusados son la nobleza apasionada de sus motivos y el claro desarrollo de las ideas que rehuyen toda complicación de matices y rebúsqueda de tonalidades. Sin apresuramientos, fiel a los principios melódicos que informaran sus primeros pasos, el maestro Soro ha ido entregando en el curso de este medio siglo de actividad creadora una labor depurada que si no brilla por su absoluta originalidad se impone en cambio, por sus vibrantes acentos y por la maestría de sus formas. Conocedor a fondo de todos los recursos orquestales, en cada una de sus principales obras: «Sinfonía Romántica», «Danza Fantástica» el ya citado «Andante Apassionato», para no citar sino a tres que le han dado renombre en Sud América y en Europa, ha sabido extraer de sus timbres el máximo de expresión de acuerdo con su modalidad de compositor ajeno a las inquietudes de las escuelas de avanzada.

Dentro de nuestra producción musical, Enrique Soro ocupa un destacado lugar de primer plano, su obra es representativa de toda una época, significa uno de los más valiosos aportes en el desenvolvimiento de la música chilena y hasta los más ardorosos paladines de las nuevas expresiones se la reconocen por su elevación y sinceridad.